

ENTREVISTA CON AURORA EGIDO MARTÍNEZ
(de la Real Academia Española)

«Libro clásico es el que siempre dice algo nuevo», afirma.

La académica e investigadora literaria Aurora Egido Martínez habla de su labor y de qué entiende por obras clásicas. Extraído de la entrevista sostenida con el ensayista y periodista Víctor Hurtado Oviedo, miembro honorario de la Academia Costarricense de la Lengua, se reproduce el siguiente texto:

¿En cuál investigación trabaja usted ahora?

Acabo de presentar el trabajo «La blanca mano y la soltura del sueño en la narrativa de Luis Mateo Díez», con motivo de la conferencia inaugural de un Congreso celebrado conjuntamente por la Universidad de Alcalá de Henares y la University of Saint Louis, en homenaje a dicho escritor y a José María Merino, miembros de la Real Academia Española; pero me espera Baltasar Gracián, del que acabo de publicar la *princeps* de *El héroe* (Huesca, 1637) en la Institución Fernando el Católico de Zaragoza. Mi intención es profundizar en el contenido de esa edición perdida durante siglos y que revela datos interesantes sobre el jesuita aragonés y su entorno.

¿Qué es un libro clásico?

Aquel capaz de romper las fronteras del espacio y del tiempo para decir siempre algo nuevo.

Nadie se sienta a escribir un libro clásico, pero ¿cómo se convierten algunos libros en clásicos?

Cuando alcanzan la universalidad. Los clásicos nos leen. Es esa capacidad de interpretar a los lectores y de atraerlos, cualesquiera que estos sean, la que tal vez nos dé la clave de su permanencia. Los clásicos no se corresponden con el mimetismo de una foto fija pues su «soltura» —es decir, su interpretación y su lectura— evolucionan con el tiempo

¿Es «clásico» lo mismo que «antiguo»?

Claro que no, aunque las dos acepciones coincidan muchas veces, como cuando hablamos de los clásicos de la antigüedad; pero «antiguo» tiene a veces un matiz peyorativo, como sinónimo de «viejo», «percedero» o «desaparecido», en tanto que «clásico» tiene una aura de esplendor, de perfección incontestable, de permanencia e incluso, como le decía, de evolución.

¿En qué sentido un libro clásico es un modelo?

El libro clásico acarrea en sí mismo el concepto, también clásico, de modelo a imitar. Así se sintió desde el Renacimiento con los clásicos grecolatinos. Es una idea que, sin embargo, muestra distintas aplicaciones: las que van de la imitación a la emulación y hasta a la moderna deconstrucción. Todo ello supone una transformación de la mimesis aristotélica, que consiste en abrir nuevos caminos a la invención, ya sea en el fondo o en la forma.

¿Qué puede hacerse para que los jóvenes lean con gusto libros como Don Quijote, cuyo lenguaje corresponde a otra época?

Con el *Quijote* no es difícil atraer a los jóvenes pues es una obra que destila placer desde sus primeras líneas. Se ve además que Cervantes lo escribió con gusto, y esto se transmite a los lectores. Él presumió de haber dado pasatiempo con esa obra. Las personas van creciendo al ritmo de los años y conviene que ello constituya un camino en el ámbito de la lectura, que vaya superando etapas paso a paso. Al *Quijote*—por no hablar del *Persiles*, obra fundamental en las raíces del realismo mágico— deben precederlo lecturas más ligeras, que abran el apetito de leer. Estamos ya lejos del dicho «la letra, con sangre entra».

¿Es adecuado el «actualizar» el lenguaje de libros escritos hace 400 años?

Depende de para qué y de cómo. Recuerdo una estupenda colección titulada «Odres nuevos» de la Editorial Castalia, en la que se actualizaron textos medievales y del Siglo de Oro para lectores jóvenes o no suficientemente preparados. En principio, el respeto por el texto original debe ser absoluto, pero hay formas muy dignas de hacerlo accesible sin que pierda lo esencial. Por otro lado, y ya hablando de adultos, las buenas ediciones, respetuosas y anotadas, pueden ayudar a los lectores de hoy sin necesidad de trasmutarlas. También hay un placer en el descubrimiento de giros y palabras que ya no se usan, al igual que ocurre cuando vemos, en las pinturas y esculturas del pasado, vestiduras o modos que ya no son los nuestros.

¿Cómo podemos «defendernos» de la profusión de lecturas ofrecidas en Internet, y darnos tiempo para leer libros extensos y en papel?

Me temo que los caminos virtuales son irreversibles, pero siempre existirá el gozo de pasar la página y de tener una relación física con el libro. *El héroe* de Gracián, al que he aludido, publicado en 24º, tiene un tamaño inferior al de una cajetilla de tabaco. Es un libro manual, y nunca mejor dicho, cuyo contenido se exprime hasta la saciedad para darnos mucho en poco espacio. Eso no puede apreciarse en Internet. Pasa como con los cuadros. La dimensión de una pintura sobre la pantalla del ordenador puede deturpar su significado al agrandarla o empuqueñecerla más allá de su verdadero tamaño. En la literatura, como en el arte, la forma es también el fondo. Más que defendernos, debemos hacer compatibles los dos medios. En el fondo, el *Quijote* seguirá siendo el *Quijote*, se lea en el formato que sea; pero también es cierto que la historia de la recepción, y también la de los medios de lectura, hacen que los libros vivan en variantes, al igual que ocurre en la tradición literaria oral.

Usted afirma que el canon literario mundial está hecho por anglosajones, pero ¿qué debería hacerse para que se resalte la literatura escrita en español?

El remedio no sólo está en hacer que el español brille en el mundo por su número de hablantes, sino que hay que buscar que alcance una posición más digna en el plano político, social y cultural. En algunos casos, ello se logra por el peso de la gravedad, como ha ocurrido con el *Quijote*. Lo mismo puede decirse de autores como Borges o Gabriel García Márquez: de ahí que la traducción sea fundamental, y los países que hablan español deberían fomentarla y apoyarla por todos los medios. Claro que también es esa una tarea que deben acometer las instituciones, como la Universidad, las academias o las asociaciones internacionales de hispanistas, por no hablar de los medios de comunicación, tratando de dar a conocer nuestros clásicos por todos los medios posibles.

¿Cuáles son cinco de los libros españoles escritos en el siglo XVII que usted recomendaría?

Elegir en un siglo tan lleno de libros maravillosos es bastante difícil, pero vayan los siguientes títulos (más allá del concepto de «libro»): el *Quijote* de Cervantes, las *Soledades* de Góngora, *La vida es sueño* de Calderón, el *Primero Sueño* de sor Juana Inés de la Cruz y *El criticón* de Baltasar Gracián.

22 de octubre de 2016.